

HOMILÍA III DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN – 2012 CICLO “B”

1.- Las Lecturas

*** Hechos de los Apóstoles 3,13-15. 17-19.** San Pedro dice a los judíos: “Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos”. Por eso les exhorta: “Arrepentíos y convertíos para que vuestros pecados sean perdonados”.

*** Salmo Responsorial 4.** ¡Señor! Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro porque necesitamos tu luz para poder caminar en la novedad de vida del Espíritu, en la santidad, que es nuestra vocación. Ilumina nuestros corazones con la luz del Espíritu.

*** Primera Carta de san Juan 2,1-5.** Cristo es la víctima de propiciación por nuestros pecados y también por los del mundo entero. Cristo es nuestro abogado e intercesor ante el Padre. Podemos mirar el presente y el futuro con confianza y esperanza.

*** Evangelio según san Lucas 24, 35-48.** Así estaba escrito: el Mesías padecerá y resucitará de entre los muertos, y se predicará la conversión a todos los pueblos para el perdón de los pecados.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Jesucristo murió por nuestros pecados, pero Dios lo resucitó de entre los muertos.

Este es el anuncio que los Apóstoles hacen a los judíos. En fidelidad a ellos, nosotros debemos seguir ofreciendo este mismo anuncio a nuestros hermanos y hermanas.

La muerte de Jesús. Cristo murió no sólo como un profeta que sella con su propia sangre el mensaje que ha proclamado durante su vida. Esta muerte es impresionante, pero la muerte de Jesús va más allá pues no sólo es ejemplo para nosotros. La muerte de Jesús tiene una profundidad muy grande que no debemos ni ignorar ni silenciar: Jesús muere por los pecados de la humanidad entera. A la luz de la Resurrección de Jesús y de Pentecostés, los discípulos descubrieron el insondable misterio de la identidad de Jesús y el profundo misterio de su muerte. Ya lo expresó San Pablo a los cristianos de Corinto: “Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras” (ICort.15,3). El Concilio Vaticano II enseña que “Cristo, Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la

esclavitud del diablo y del pecado por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: el Hijo de Dios “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál.2,20), padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido” (GS 22).

Demos gracias a Dios que nos ha entregado a su Hijo (cf. Jn.3,16), por cuya muerte nos ha alcanzado de Dios el perdón de nuestras faltas y pecados. Volvamos nuestros ojos llenos de fe y de amor a Cristo crucificado y acojamos en nuestros corazones su perdón y démosle gracias.

La resurrección de Jesús. Demos un paso más. Dios no ha abandonado a su propio Hijo en la muerte. Dios ha intervenido y ha resucitado a su propio Hijo de entre los muertos. San Pablo lo dice con estas palabras: “Resucitó al tercer día, según las Escrituras” (ICort.15,4). Ciertamente “si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; estáis todavía en vuestros pecados (...) ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron” (ICort.15,20). Esta es la gran y buena noticia que necesitaba y esperaba la humanidad desde siempre: la muerte no es la última palabra sobre nadie. Por Cristo esta noticia se ha hecho realidad. Así lo expresa el Concilio Vaticano II: “Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!” (GS 22).

Este es el kerigma, el anuncio fundamental y esencial, que los apóstoles anunciaban y por el que sufrieron persecución y murieron. Nosotros hoy lo recibimos y asumimos, predicamos y ofrecemos a las nuevas generaciones en todo momento y tiempo.

2.2.- Somos llamado a la conversión de nuestros pecados

¿Qué debemos hacer ante el anuncio de la muerte y de la resurrección de Cristo? “Convertíos”, nos dicen los Apóstoles (cf. Hech. 2,37-38).

Esta es la llamada que se nos ha dirigido a nosotros en la primera lectura y en el Evangelio de este domingo. No nos mostremos indiferentes ante esta invitación urgente. Acojámosla y respondamos a ella con prontitud y verdad, con sinceridad y alegría: “yo reconozco mi culpa y mi pecado” (Rey David; Sal.50); “me levantaré e iré a la casa de mi Padre” (hijo pródigo; Lc.15)).

Reconozcamos nuestros pecados, levantémonos y pongámonos en camino, auxiliados por la gracia divina, hacia el Señor que sale a nuestro

encuentro con los brazos abiertos para acogernos, perdonarnos, darnos un vestido nuevo, sentarnos a su mesa, hacernos partícipes de su banquete...

En nuestro itinerario penitencial y de conversión, no nos dejemos seducir por las llamadas que podamos percibir o escuchar en el camino de vuelta a la Casa del Padre; no nos desviemos de la senda verdadera que nos lleva a Dios. ¡Seamos sinceros con Dios! ¡Seamos sinceros con nosotros mismos! ¡No perdamos la conciencia del pecado! que es “un drama de nuestro tiempo” (Pío XII).

La conversión ha de llegar a todo el ser humano pues es cambio “de mente y de corazón”, “de actitudes y de criterios”, “de comportamientos y de obras”, “de palabras y de gestos”. Pongámonos en la presencia de Dios y descubramos qué es lo que realmente nos está pidiendo el Señor aquí y ahora. Entra dentro de tu corazón para verte tal y como eres a la luz de la Palabra de Dios. No te limites ni te conformes con una mirada exterior y superficial sobre ti y tus obras ya que esta puede llevarte a la mediocridad...

Leamos una vez más los mandamientos de la Ley de Dios, las Bienaventuranzas de Jesús, el mandamiento nuevo del amor...y descubrámonos cómo somos a la luz de estos textos, y en qué debemos cambiar...

Esta conversión que comienza en el corazón humano, movido por la gracia actual de Dios, ha de desembocar en el sacramento de la Penitencia donde el Señor a través del Sacerdote Confesor nos acoge y nos perdona. No olvidemos este sacramento que es fruto del misterio pascual -muerte y resurrección- de Jesucristo y expresa el amor y la misericordia, la bondad y el perdón de Dios para nosotros. El Señor ha escogido las mediaciones humanas para acercarse a nosotros y comunicarnos sus dones.

2.3.- “Vosotros sois testigos de estas cosas”

“Estas cosas” son la muerte y resurrección de Jesucristo. Nos ha dicho Jesús en el Evangelio, que ha sido proclamado en este domingo, que “nosotros hemos de anunciar a Jesucristo que murió y resucitó por la humanidad”.

No seamos profetas mudos en el mundo. No nos avergoncemos del Señor delante de los hombres.

Hemos de poner entusiasmo y ardor, alegría y amor, en el anuncio de Jesucristo. Evangelicemos en comunión, de esta forma seremos más creíbles ante los hombres y mujeres de nuestro tiempo como oró el Señor: “¡Padre! que todos sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado” (Jn.17, 21).

La nueva evangelización se hará con el fervor de los santos y por medio de testigos. El mundo de hoy necesita que le hablen hombres y mujeres que hayan hecho la experiencia del desierto, es decir, que hayan

visto y escuchado a Dios: “Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida (...) lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos...” (I Jn.1,1.3).

Más aún la nueva evangelización requiere también que ofrezcamos signos liberadores que traigan justicia y paz, libertad y fraternidad entre todos, solidaridad con los más necesitados....

Os recuerdo lo que he dicho tantas veces: “la nueva evangelización no se hará sin la participación de los fieles laicos”. Por ello, os invito una vez más, queridos hermanos laicos, a participar, desde el don o carisma que habéis recibido, en la realización de la nueva evangelización de la que tan necesitada está nuestra sociedad...

2.- De la Palabra a la Eucaristía

Hemos proclamado, escuchado y meditado la Palabra de Dios. Ahora pasemos al corazón de la Eucaristía que es “sacramento de Jesucristo muerto y resucitado”. Así lo dijo el mismo Jesucristo: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”; “Este es el cáliz de mi Sangre que será derramada para la remisión de los pecados”.

3.- De la Eucaristía a la Misión

Ha terminado la Eucaristía. Salgamos a las plazas y calles de nuestras ciudades y pueblos (Pablo VI); vayamos a los nuevos “areópagos” (Juan Pablo II) -política, ocio, trabajo, vida, economía, enfermos...-; abramos “el patio de los gentiles” (Benedicto XVI) para encontrarnos y acoger a los que no creen, a los que buscan sentido para sus vidas.....

En estos ámbitos y lugares anunciemos a Jesucristo, el Redentor y el Salvador de la humanidad.

Terminamos. Unidos en la plegaria

Cáceres. 16 de abril de 2012

Florentino Muñoz Muñoz